

VÍCTOR GÓMEZ PIN

EL HONOR  
DE LOS FILÓSOFOS

BARCELONA 2020



ACANTILADO

www.elboomeran.com

Publicado por  
A C A N T I L A D O  
Quaderns Crema, S. A.  
Muntaner, 462 - 08006 Barcelona  
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956  
correo@acantilado.es  
www.acantilado.es

© 2020 by Víctor Gómez Pin  
Este libro ha sido negociado a través de  
Silvia Bastos, S.L. Agencia literaria  
© de esta edición, 2020 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:  
Quaderns Crema, S. A.

En la cubierta, *Catón el Joven leyendo el Fedón antes de suicidarse* (1840),  
de Jean-Baptiste Roman y François Rude

ISBN: 978-84-17902-29-2  
DEPÓSITO LEGAL: B. 12 321-2020

AIGUADEVIDRE *Gráfica*  
QUADERNS CREMA *Composición*  
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *agosto de 2020*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,  
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización  
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total  
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o  
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión  
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta  
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

## CONTENIDO

<i>Prólogo. Pensar y ser</i>	9
<i>Dramatis personae</i>	28

### PRIMERA PARTE. INGRATITUD Y REPUDIO

Preliminar	59
Aristóteles: repudio en Atenas	61
El cristal y el infinito: la sobria causa de Baruch de Spinoza	76
Funeral sin testigos de Gottfried W. Leibniz	95
Descartes decapitado	111

### SEGUNDA PARTE. EL PANTEÓN Y EL CADALSO

Desafíos de Voltaire	141
El ideario roto de Olympe de Gouges	168
La República no necesita a Condorcet	184
Epílogo hegeliano	206

### TERCERA PARTE. EN EFIGIE... Y EN PRESENCIA

«Tristitia christi»: el calvario de Tomás Moro	215
La doble muerte de Miguel Servet	227
De Bruno a Kepler: «Afirmar que realmente el sol se halla en el centro del universo»	235

De Hipaso a Téano: narraciones pitagóricas	261
«Andreia»: Hipatia con Sócrates	283

CUARTA PARTE. «PATHEI MATHOS»

¿Qué redime a Boecio?	299
Contra el tiempo y el olvido: el combate de Émilie du Châtelet	309
Nietzsche: devastación en Turín	321
Fuerzas para un prelude: la pasión de Simone Weil	339

QUINTA PARTE.  
UNA TRAGEDIA ROMANA

Catón el Joven	357
Porcia «Catonis»	375
Marco Tulio Cicerón	382

SEXTA PARTE. «LA FILOSOFÍA  
CONLLEVARÁ DE NUEVO UN RIESGO»

Preliminar: música en el <i>Stalag</i> VII-A	395
Debate sobre el infinito. Combate por la dignidad	401
De Pomerania al Mont Valérien	414
Digresión: el maestro alemán de un filósofo francés	427

SÉPTIMA PARTE. EN LA CATÁSTROFE

Plinio el Viejo en la niebla	435
Ante la guerra y el cólera	446
Tiniebla y filosofía	455

OCTAVA PARTE. CIENCIA, ESCRITURA  
Y TRAGEDIA

La huella de Jean Tatlock	467
Causa final de Albert Einstein	480
«En los números... como en el sistema del mundo»	503
Alan Turing: «su deseo, ese deseo...»	527
El verdadero juicio final	551
<i>Epílogo. Sin libertad ni esperanza</i>	569

[Acantilado no se responsabiliza del contenido de ninguno de los portales de la red mencionados en el libro].

*A Carmen Rabal,  
que custodia el rescoldo de la España republicana  
y mima la lengua de su Francia natal.*

PRÓLOGO  
PENSAR Y SER

RAZÓN SOBRE RAZÓN... MIEDO SOBRE MIEDO

... éstos se lamentaban de su destino, aquéllos del de sus parientes; había incluso algunos que por temor a la muerte pedían la muerte; muchos rogaban la ayuda de los dioses, otros más numerosos creían que ya no había dioses en ninguna parte y que aquella noche sería eterna y la última del universo.<sup>1</sup>

Así describe el hombre de leyes y escritor romano Cayo Plinio Cecilio Segundo, conocido como Plinio el Joven, el terror de la población ante la amenaza que se cierne sobre la bahía de Nápoles a causa de la erupción de la montaña. Ignorando que el Vesubio era un volcán, aquellos sorprendentes fenómenos sólo podían ser interpretados como una suerte de castigo. El narrador nos dice que, en el desconcierto, los fugitivos se empujaban sin pudor, preocupados sólo por escapar de la nube inquietante.

Sin embargo, hay un comportamiento que constituye la excepción, el del mismo tío del narrador, Plinio el Viejo, quien, lejos de huir, parece atraído por el fenómeno, como si no fuera tanto una amenaza como un reto, y mira de frente la nube grisácea, pronto claramente negra, que se extiende por la bahía y que no parece ser una mera acumulación de partículas, consecuencia, por ejemplo, del incendio de un bosque.

Encontraremos de nuevo esta descripción de Plinio el Joven en el capítulo de este libro dedicado a la figura de Plinio el Viejo. Veremos que, cuando el miedo sólo ofrece como

<sup>1</sup> Plinio el Joven, *Cartas*, introd., trad. y notas Julián González Fernández, Barcelona, Gredos, 2015, VI, 20.

PRÓLOGO

alternativa un miedo aun más paralizante, en su caso la razón más poderosa impera sobre la razón más débil:<sup>2</sup> la razón que exige lucidez legisla sobre la razón que reclama prudencia, la cual sin embargo podría tomar pretexto en la modalidad misma que adopta la amenaza. Pues ¿qué esperanza hay para el propósito de bien discernir, de discriminar entre lo que realmente ocurre y la mera apariencia, cuando el entorno se apaga no como las noches ausentes de luna sino—nos dice Plinio el Joven—con esa oscuridad igual a la que se produciría en un sitio cerrado carente de toda luz?

Al igual que Plinio el Viejo, las personas que son protagonistas de este libro han visto cómo se cernía sobre ellas la hosquedad, alguna modalidad real o simbólica de calima, de niebla o de tiniebla, sin haber sucumbido, al menos en lo esencial. A veces fue la enfermedad o la decadencia física; otras veces, el choque con la ortodoxia en materia de costumbres o de los presupuestos que sustentaban el orden ciudadano; en algún caso, la terquedad de la naturaleza que, tras ofrecer resistencia al esfuerzo del hombre por vencerla, pasa a amenazarlo en sus logros o en su vida; en algún otro caso se dio todo ello a la vez.

Pese a tales circunstancias, la exigencia de fidelidad a su condición específica como animales de palabra y de razón hizo que cada una de estas personas perseverara en el combate contra sí misma (combate contra la inercia de los propios hábitos) que supone siempre el hecho de ahondar en la simbolización y el conocimiento.

En ocasiones no fueron circunstancias advenidas e imprevisitas las que dificultaron la concentración o enturbiaron el objetivo, sino que la perseverancia misma en la tarea hizo descubrir lo adverso de la atmósfera habitual; como si al

<sup>2</sup> *Ibid.*, VI, 16.



ensanchar los pulmones, o al abrir los ojos, se hiciera perceptible la calima ambiental. El instinto de supervivencia aconseja entonces una venda o una máscara protectora, recursos que, sin embargo, los protagonistas de este libro rechazaron.

Para algunos, las consecuencias fueron sobre todo afectivas o de descenso en la posición social, pero para otros supuso la marginación, el exilio, la prisión y, en casos límite, la pira, el pelotón de fusilamiento o simplemente una suerte de muerte en combate. Todos ellos parecieron sentir que, si el pensar puede llevar a la hoguera, el no pensar quizá supone una amenaza mayor. Ello explica entre otras cosas la tozudez de Copérnico, de Giordano Bruno y de tantos otros que, como este último escribió, pese a quien pese, «*banno aperto gli occhi*», mantuvieron los ojos abiertos.

«Osar transformar las aventuras espirituales en aventuras materiales», fija como máxima de comportamiento uno de los protagonistas de este libro. Y en efecto, ¿qué mayor prueba de esta disposición—mero ejemplo—que la perseverancia de Miguel Servet, convencido de la importancia que tiene para el espíritu (y, en consecuencia, para la sociedad) admitir que en el corazón de los animales (luego de los hombres, y así también del *Dios hecho hombre*) la sangre no se estanca?

Desde el sobrino de Aristóteles, Calístenes de Olinto, hasta el filósofo francés Albert Lautman (fusilado en la Resistencia antifascista), pasando por Plinio el Viejo, el citado Miguel Servet, Descartes, Simone Weil, Spinoza, Olympe de Gouges, Condorcet, Leibniz y tantos otros, la historia de la filosofía está llena de nombres de personas que mantuvieron la entereza en circunstancias que hacían extremadamente difícil guardar fidelidad a las exigencias del pensamiento; personas que, en consecuencia, rechazaron postulados religiosos, políticos o científicos que no superaban la prueba del recto juicio, fuera cual fuera el peso de la autoridad individual o institucional que daba soporte a los mismos.

## RESPIRACIÓN DEL ESPÍRITU

En todos ellos, el objetivo incondicionado, la irrenunciable causa final, parece haber sido mantener la respiración del espíritu mientras hubiera el menor resquicio que lo posibilitara, dando así testimonio de una convicción y un sentimiento de los cuales, en cada uno de nosotros, hay posiblemente cuando menos un rescoldo. Pues, en un registro más o menos profundo, todos sabemos que la dejación de nuestra capacidad de interrogar (tanto en lo relativo al ser de las cosas como en lo relativo al ser del hombre) y de dar salida simbólica a la eventual dureza de la respuesta supone quizá algo peor que ser arrollado por la inclemencia natural o social; supone de alguna manera una renuncia a nuestra condición, supone arrojar la toalla ante la dificultad que presenta estar a la altura de lo que esencialmente somos los seres humanos.

La apuesta por responder a nuestra condición pasa por mantener activa nuestra capacidad de percibir, imaginar y concebir, no conformándose con lo ya alcanzado o adquirido, es decir, con aquello que el pensamiento ya domina. Pasa eventualmente por apuntar a la forja de una nueva fórmula o una nueva metáfora, o simplemente por intentar recrear en uno mismo esas fórmulas o metáforas que otros forjaron, haciendo así cosa de uno el esfuerzo de Garcilaso o de Einstein, si se quiere. Y, desde luego, tal apuesta pasa asimismo por preguntarse (con Platón, Descartes y tantos otros) si hay algún cimiento que dé soporte al ser mismo que interroga, y eventualmente asumir que no hay más suelo que el entramado mismo del lenguaje en el que se da la interrogación. El sujeto que persiste en tales empeños es sujeto que renace, sujeto que de alguna manera relativiza la pendiente por la que inevitablemente nos deslizamos cuando impera la inercia, la entrega pasiva a la cotidianidad.

Como veremos más adelante, Aristóteles sostiene que esas formas superiores de la vida del espíritu que son la represen-

tación trágica, el conocimiento matemático o la filosofía coronan una existencia social en la que debe estar asegurado tanto lo necesario para la subsistencia como lo necesario para la decencia y la belleza del entorno en el que vivimos, todo ello posibilitando una vida *en libertad*. Sin embargo, cabe decir—por una vez casi *contra* Aristóteles—<sup>3</sup> que la exigencia de mantener vivas nuestras facultades como seres de razón y de lenguaje no desaparece por el hecho de que estas circunstancias afortunadas *ya* no se den, o incluso *nunca* se hayan dado.

Pues una cosa es considerar que la libertad, la belleza del entorno, el bienestar físico y hasta el equilibrio afectivo constituyen circunstancias favorables para el despliegue de nuestras facultades y el enriquecimiento de nuestra humanidad, y otra cosa considerar que estas condiciones favorables son condiciones *imprescindibles*, de tal forma que en ausencia de las mismas la renuncia estaría, por así decirlo, justificada.

Manteniéndose fieles a las duras exigencias del pensamiento en situaciones en las que la libertad era simplemente inconcebible, los protagonistas de este libro *dieron testimonio de que, si bien la libertad es efectivamente el horizonte al que aspira todo proyecto humano, no hay sin embargo que esperar a que la libertad sea efectiva para reivindicar las facultades que hacen la especificidad de nuestra condición en el orden animal, y esforzarse en darles alimento*.

Obviamente, no se trata de renunciar a la libertad; se trata de alcanzar grados de libertad en una suerte de creación continua que puede, aquí y ahora, encontrar alimento en lo favorable de algunas situaciones o en la complicidad con personas. Pues muchos han dado pruebas de que algo tan intrínsecamente amenazado, vulnerable y frágil como un ser humano es susceptible al menos de romper los cercos que a menudo

<sup>3</sup> Remito desde ahora a las consideraciones que al respecto hago en el epílogo del libro (pp. 569-598).

## PRÓLOGO

el propio yo ha erigido; libertad consistente en no abandonarse al gradiente de la abulia, la pereza o simplemente el nihilismo. Alimentar la capacidad de lucidez, luchar por que se haga efectivo aquello que está a nuestro alcance, es ya alzarse sobre el estado actual de las cosas, y en ese sentido es ya alcanzar un grado de libertad.

No estoy aludiendo a la idea (algo delirante) de que el pensamiento anula las cadenas empíricas, pues, por el contrario, el pensamiento supone mayor lucidez sobre lo insoportable de las mismas. El criterio reside en si se logra o no se logra que, aun a contracorriente, incluso en la penuria material y afectiva, se vivifique nuestra naturaleza específica, se libere en uno la riqueza potencial que el espíritu encierra y que en cualquier circunstancia pugna por actualizarse. Pues la injusticia, la decepción, la carencia material, el desarraigo, la decadencia física, o todo ello a la vez, no necesariamente aniquilan ese «ardiente deseo de toda mente pensante» que el físico Max Born sitúa en el origen mismo de la ciencia, pero que cabe también situar en el origen de la creación literaria o artística, y por supuesto de la filosofía. Ese deseo, añade el gran científico, no disminuye en absoluto por el hecho de que aquello a lo que nos confronta «sea eventualmente de total irrelevancia para nuestra existencia».<sup>4</sup> Irrelevante, cuando no perjudicial, para la existencia empírica, pero fundamental para salvaguardar «el honor del espíritu humano», respuesta dada por el matemático alemán Carl Gustav Jacobi al ser preguntado por el interés mayor de su disciplina.

<sup>4</sup> Max Born, *Einstein's theory of relativity*, Nueva York, Dover, 1965, p. 11. [Existe traducción en español: *La teoría de la relatividad de Einstein y sus fundamentos físicos*, trad. Manuel García Morente, Madrid, Calpe, 1922].

## EL PESO EMOCIONAL DE LAS CONTROVERSIAS TEÓRICAS

Quienes se enfrentan a la tiranía política o quienes, en la derrota, anteponen la defensa de la vida de sus camaradas a la de la suya propia dan prueba de radical entereza. Sea cual sea su actividad en el seno de la sociedad, su actitud responde entonces a una exigencia de orden exclusivamente espiritual, la cual, en los casos límite, puede estar en total contraposición con las motivaciones que determinan su quehacer cotidiano: una persona cuyo objetivo de acción cotidiana no es otro que ganarse el pan, pero que en un momento dado se alza contra el gesto que atenta contra su dignidad.

Pero, aun con rasgos comunes, diferente es la modalidad de entereza que conduce a Servet a enfrentarse a Calvino, o la que conduce a Spinoza a rechazar la alchahuetería con la autoridad, que ya entonces condicionaba a los académicos. Pues, en estos casos, lo que motiva a adoptar esa actitud es mantenerse fiel a ese mismo objetivo (la salvaguarda y el enriquecimiento del espíritu) en lo que el protagonista considera su tarea esencial. Cuando el filósofo francés Jean Cavailles da corajuda réplica a un miembro del tribunal alemán que acaba de condenarlo, está respondiendo a la misma exigencia que lo anima a no dejar de escribir su proyectado tratado de lógica, incluso en la noche previa a su fusilamiento.

Sin duda, tal actitud de firmeza puede ejemplarizarse en músicos, poetas e incluso personajes de ficción, pero en este libro el foco se proyecta sobre todo en filósofos. Ello exige algún tipo de justificación, que daré en el próximo apartado. Antes, una consideración sobre la selección de autores y la secuenciación de los capítulos.

Rememorando acontecimientos que marcaron la vida de los protagonistas y en alguna ocasión determinaron un fin trágico, este libro no es sin embargo una sucesión de biografías. Los datos que se recogen y las circunstancias que se evo-

PRÓLOGO

can apuntan en primer lugar a presentar el contexto en el cual se abre camino una vocación teórica, y a entender mejor la radical apuesta a favor del pensamiento por parte de cada uno de los protagonistas. Pues los interrogantes a los que se confrontaron tienen tal peso para los intereses del espíritu, son hasta tal punto susceptibles de provocar tensión emocional, que esa confrontación teórica y la asunción sin ambages de aquello que en la misma se revela vinieron a constituir un ingrediente fundamental de sus vidas, de tal manera que ni la amenaza de marginación, persecución o muerte los detuvo en su empeño.

Por ello, aun evitando en la medida de lo posible el recurso a la jerga digamos académica, en muchos capítulos del libro la presentación del protagonista va acompañada por una exposición sintética de una parte significativa de su pensamiento, así como del contexto de problemas teóricos en el que éste se despliega.

Veremos, por ejemplo, que la soledad de Leibniz al final de sus días se debe en parte a la persecución que sufre por parte de los newtonianos, que lo acusan injustamente de impostura respecto a la paternidad de una disciplina científica. Pero el asunto se nos escapa si no se precisa que esta disciplina está vinculada ni más ni menos que al problema filosófico del infinito, obsesivo en la trayectoria de Leibniz, y respecto al cual dio muestras de una lucidez (entre otras cosas, aceptando sus propios límites conceptuales al respecto) de la que carecieron muchos de sus contemporáneos. De tal manera que, cabe decir, la soledad de Leibniz es indisoluble del reto que supone para él la cuestión del infinito, en lo relativo a la cual en su momento será pues obligado hacer alguna presentación esquemática.

De la misma manera, para entender los problemas que tuvo Voltaire por su condición de «librepensador», será necesario presentar el contexto filosófico-teológico en el que se insertan sus diatribas, no sólo con la ortodoxia, sino tam-

bién con Rousseau. Y lo mismo puede decirse de los trasfondos en los que tiene lugar la muerte por inanición de Simone Weil, el repudio de los restos de Descartes por la Iglesia, o la subida al cadalso de Olympe de Gouges.

En la exposición no he seguido un orden cronológico ni, en general, he vinculado autores por afinidad de problemática o de escuela. Los criterios de agrupación son muy diversos. Así, Olympe de Gouges o Condorcet son asociados porque la tremenda peripecia vital de ambos es muestra de las contradicciones que laminan el proyecto emancipador de la Revolución francesa. Servet y Bruno se hallan obviamente vinculados por ser víctimas de la ferocidad inquisidora, católica o reformista. Bajo la rúbrica «Ingratitud y repudio» reúno a pensadores absolutamente clásicos de los que en ocasiones se ignora que—tal es el caso de Leibniz—acabaron sus días abandonados, traicionados por instituciones, comunidades o jerarcas a cuyo engrandecimiento habían contribuido. En general, el título de cada una de las ocho partes del libro es ya una indicación del criterio utilizado.

## EL FILÓSOFO Y QUIEN ESTÁ ABOCADO A SERLO

En cualquier caso, como antes señalaba, la prioridad, al menos cuantitativa, que se da en este libro a los filósofos exige desde ahora un mínimo de justificación. Siendo tantos y tan diversos los tipos de actividad que han posibilitado la prodigiosa urdimbre de las sociedades humanas, ¿por qué centrar este elogio en los filósofos, en personas cuya aportación a la riqueza de la humanidad reside en algo tan abstracto como es el mundo de los conceptos?

La pregunta es tanto más pertinente cuanto que la filosofía no constituye un universal antropológico, es decir, algo inherente a toda sociedad humana. Contrariamente—por ejemplo—a la poesía, la filosofía no es una de las formas pre-

## PRÓLOGO

sententes en toda cultura en las que se revela la tensión entre nuestra condición animal y nuestra condición de seres de palabra; la filosofía no está entre las formas de arranque de la simbolización, como sí lo está la música.

La filosofía tiene lugar, fecha y lengua de nacimiento (concretamente, en las ciudades marinas de lengua griega y en la costa jónica entre los siglos VI y V antes de Cristo). Para que la filosofía haya llegado a emerger, muchas han sido las etapas previas en la evolución humana: se habrá dado la *techné* (técnica, pero también esa forma de la misma que denominamos *arte*); se habrá dado la creencia en poderes supranaturales, y desde luego la poesía, la matemática y la música. Habrá surgido entonces la necesidad de conocer el entorno natural, y por ende previamente se habrán sentado los presupuestos en base a los cuales tal exigencia de conocimiento tiene sentido, empezando por el presupuesto de que la naturaleza es *cognoscible*, cosa que no es absolutamente obvia (puede haber una gran civilización en la que se crea que la naturaleza es sagrada, temible, generosa, etcétera, pero incognoscible, y por ende imprevisible).

Preguntándose por los orígenes del anhelo de saber, Aristóteles se refiere al asombro que acompaña la mirada del animal humano cuando actualiza su potencia de ser de lenguaje y de razón, asombro que se plasma en primer lugar en la admiración que producen los mitos. Tal situación de estupefacción es germen de interrogaciones muy diversas, algunas concernientes a la moralidad y las costumbres, otras al entorno denominado por los griegos *physis*, naturaleza: cuestiones vinculadas a los grandes fenómenos, astrales por ejemplo, y a la regularidad que presentan. Pues bien, la filosofía es un retoño tardío de este asombro. Y cuando digo «tardío», estoy queriendo señalar que no surge como una consideración general, por ejemplo sobre el ser humano y su destino (que toda cultura y civilización realiza). Esta interrogación sobre el ser del hombre y otras análogas sólo es propiamente filo-



sófica si viene tras el singular tipo de interrogación sobre la naturaleza que plantean los pensadores jónicos, una interrogación que—por introducir ciertos postulados que posibilitan la visión científica de esa naturaleza—carece de precedentes en la historia de las civilizaciones.

Los pensadores de Jonia, nos dice Aristóteles, se propusieron en primer lugar hacer inteligible el entorno natural, la *physis*, avanzando conjeturas sobre los elementos constitutivos de las cosas, objetivo que se solapa con el que aún hoy día anima al físico. De ahí que esos pensadores (los Tales, Anaximandro, Anaxímenes, etcétera) fueran designados por Aristóteles como «los físicos» (*hoi physikoi*).

Mas hurgando en los fundamentos mismos por remisión a los cuales las cosas devienen inteligibles, hurgando en aquello mismo que hace posible una contemplación racional del entorno físico, el pensamiento acaba interrogándose por la esencia del propio ser que interroga. Y este deslizamiento no es azaroso, sino que viene provocado por la propia reflexión sobre la naturaleza (en el capítulo que le he dedicado veremos que antes de su muerte Sócrates se presenta a sí mismo como habiendo realizado este transcurso). Pues bien: cabe decir que en este paso (¡inevitable!) de la cuestión de la *physis* a la cuestión del hombre (con todo lo que es concomitante al mismo, la organización social en primer término) se encuentra quizá la clave de la disposición que caracteriza al filósofo.

Filósofo es en suma aquel que, heredero de quienes intentaron hacer inteligible la naturaleza (o siendo hoy él mismo uno de ellos), por dificultades que surgen en el seno de la propia disciplina se ve confrontado a interrogantes de otro tipo: unos relativos a la esencia misma del conocimiento (*gnosis*, gnoseología, y en particular epistemología); otros concernientes a la cuestión de si el ser que pretende conocer está determinado o no en su comportamiento (*ethos*, ética); unos terceros relativos al modo como el entorno es percibido por nuestros sentidos singulares (*aistheseis*, estética); en fin, so-

## PRÓLOGO

bre todo interrogantes relativos al funcionamiento de eso en lo que todo lo anterior se enmarca, a saber, la palabra o verbo (*logos*, lógica, desde los *Analíticos* de Aristóteles hasta las hoy llamadas lógicas borrosas, pasando por la especulativa *Ciencia de la lógica* de Hegel).

En suma: para que la filosofía sea posible se habrá dado antes alguna forma más o menos elemental de ciencia física, como bien indica la palabra emblemática de la filosofía *meta-física*, es decir, disciplina que viene *tras* (meta) la física y como resultado de aporías que surgen de la propia física. De ahí que aquí sean considerados filósofos personas tan diversas como Descartes, Galileo, Nietzsche, Hegel, Émilie du Châtelet, Simone Weil o Einstein. Me detengo un momento en el ejemplo que este último representa.

La teoría de la relatividad tiene un indudable peso filosófico por el hecho de poner en tela de juicio ni más ni menos que el carácter absoluto del tiempo y del espacio, es decir, de algo que la *Crítica de la razón pura* considera marco imprescindible (*trascendentales* los llama Kant) no sólo de las cosas materiales, sino de la experiencia del mundo que podemos tener los seres de pensamiento y lenguaje. Ello obviamente no significa que todo físico confrontado a problemas relativistas esté pendiente de este aspecto de la cosa (por desgracia, hacer una carrera en física quizá hasta exige no implicarse en estos asuntos). Sin embargo, los grandes de la teoría, Einstein en primer lugar, sí han sido plenamente conscientes de tal trascendencia, e incluso cabe decir que tal conciencia los llevó a franquear los límites de la propia ciencia especializada. Y la cosa es todavía mucho más clara si en lugar de la teoría de la relatividad consideramos la mecánica cuántica, pues esta disciplina se encuentra en el origen de un auténtico renacimiento de la metafísica: una eclosión sin precedentes desde la época jónica, en la que también un conjunto de aporías en la reflexión sobre la naturaleza condujo a la gran filosofía clásica.

Sin duda, no sólo la física es un peldaño para esta apertura a los problemas que podemos considerar filosóficos. También la matemática ofrece ejemplos análogos. Un descubrimiento matemático puede llegar a revelarse tan subversivo respecto a nuestras representaciones de la naturaleza (e incluso respecto a los postulados implícitos con los que nos enfrentamos a ella), que, al reflexionar sobre tal descubrimiento, el matemático, sin autocalificarse quizá de *filósofo*, sí se halla en la disposición de espíritu que caracteriza a éste. Y algo análogo cabe decir de la creación artística o literaria. De ahí que, sin sentimiento de abandonar el hilo conductor, en la última parte de este libro se incluya a un cierto número de físicos, matemáticos y escritores.

Lo anterior deja entrever que con la palabra «filósofo» no me atengo aquí a lo que se entiende por tal en el seno de la parcialización académica. *Filósofo* designa aquí, ante todo, una disposición de espíritu que de hecho puede darse en alguien dedicado a una disciplina diferente, la cual en un momento dado lo conduce a interrogarse sobre la percepción que tenemos del entorno y de nuestro papel en el mismo.

Todo ha acontecido, por así decirlo, como era necesario. Surgió la filosofía tras una secuencia de grandísimas civilizaciones carentes de filosofía (al menos, en el sentido del término que hace que Galileo, Descartes o Kant sean filósofos). Sin embargo, esa filosofía que nació en la lengua griega renace de inmediato allí donde simplemente hay otra lengua que la acoge, y una vez que ha surgido persevera, o tiende a hacerlo. ¿Simplemente como tiende a perseverar cualquier práctica en la que el hombre siente que se enriquece su condición singular, su naturaleza específica? Quizá hay algo más.

Pues la filosofía no es un patrimonio complementario, una riqueza añadida alcanzada por azar en el combate del espíritu humano. La filosofía es la cristalización del esfuerzo por entero, es aquello a lo que el conocimiento de la naturaleza, pero también la poesía, la ciencia y el arte, tienen como des-

PRÓLOGO

tino a partir de sus propias prácticas. Hija de Jonia, ahora la filosofía es sin embargo potencial riqueza de toda comunidad humana, algo de lo que ninguna sociedad que intente desplegar las potencialidades de los que la forman puede ya prescindir. De ahí que la contemplación del espíritu humano desde la atalaya de la filosofía aparezca a veces como el método más holístico, es decir, menos parcial o abstracto.

LA CAUSA DE LA FILOSOFÍA

En múltiples lugares, y muy diversas situaciones políticas y culturales, se ha denunciado la marginación de la filosofía en el sistema educativo. Esta crítica bienvenida no ha de hacernos olvidar que la situación de la filosofía nunca ha sido buena. Si hubiera que esperar a que lo fuera nunca habiéramos tenido ni el *Diálogo* de Galileo, ni el *Discurso del método*, ni la *Apología* de Sócrates.

Precisamente la figura de Sócrates aparece en la historia de la cultura como emblema del hecho de que la filosofía es una dura causa, la cual exige prioridad sobre muchas de las que sustentan la existencia social e individual, y lealtad aun en los trances más temibles. Pues no es sólo que Sócrates piense en condiciones adversas, sino que el hecho mismo de pensar hizo que, para él, el entorno necesariamente se hiciera adverso. Pues, en ocasiones, el pensamiento conduce a dudar de que las creencias en las que se sustenta el orden social sean realmente consistentes. Y si al descubrir una grieta en el edificio, en lugar de intentar recubrirla se contempla la falla estructural que la origina, entonces se está desarticulando el hogar común del colectivo que puede revolverse contra el saboteador. Obviamente la cosa va más allá del caso de Sócrates: el orden pitagórico que Hipaso debilita al declarar la inconmensurabilidad de la diagonal, o el orden aristotélico que Bruno o Galileo cuestionan, son dos ejemplos

emblemáticos. Veremos otros ejemplos admirables, pero el final de Sócrates—un final casi literalmente: la última conversación—resulta emblemático respecto a la «tesis» que se defiende en esta reflexión.

De las palabras que, en el diálogo *Fedón*, Platón pone en boca de Sócrates ante la inminencia del fin, parece desprenderse que su actitud serena se debería al hecho de confiar en que su muerte constituye sólo un tránsito, ya que su espíritu persistiría aun sin soporte físico. En tal caso, la entereza de Sócrates se sustentaría, en definitiva, en una radical *esperanza*, ni más ni menos que la esperanza de que nuestra finitud es de alguna manera sólo apariencia. Pues bien, en el capítulo de estos ensayos en el que se aborda explícitamente el dramático final de Sócrates se pone el énfasis en la pertinencia de una interpretación distinta (por otro lado, casi una obviedad).

No es la creencia de que va a seguir *viviendo* en un mundo sin vida lo que le da a Sócrates la fuerza para argumentar con serenidad pese a la inminencia de la muerte, sino la suerte de—aun en ese momento—seguir sintiéndose atravesado por la capacidad misma *de argumentar*; de seguir sintiendo que si el hombre es ciertamente un animal, el rasgo que lo diferencia de los demás animales (su facultad de hablar y de razonar) es quizá más poderoso que lo genérico que compartimos con roedores o primates; de seguir sintiendo que nuestra *humanidad*, aunque imposible sin la *animalidad*, tiene mayor peso que esta última. Y en suma: lo que da soporte a Sócrates (como a tantos otros antes y después de él) no es la esperanza de una plenitud imaginaria, sino la fidelidad a algo que, en ocasiones, aleja precisamente de esa esperanza, a saber: el amor a los símbolos, los juicios, los diferentes recursos del lenguaje literario, las fórmulas, las figuras geométricas y, en definitiva, los frutos de las ideas.

Pues si el entorno natural se presenta ante nosotros como un *orden* (es decir, un conjunto unificado de cosas reconocibles, como pájaro, árbol, mesa, estrella o flor), es porque

## PRÓLOGO

ese entorno se halla para nosotros infiltrado por conceptos o ideas, de tal manera que en el vivir cómplice de los conceptos reside la radical singularidad del animal que somos. La referencia en el discurso de Sócrates a la *existencia separada* del alma no sería más que una de esas metáforas con las que, al decir de Aristóteles, el gran narrador que era Platón intentaba hacer inmediatamente perceptible aquello que está realmente en juego, a saber: que tratándose del animal humano, lo primordial es efectivamente esa concretización de la razón y el lenguaje que son las ideas, ya que todo, absolutamente todo, está empapado de las mismas.

Pero, más allá del caso concreto de Sócrates, no es en absoluto la esperanza imaginaria, sino la tensión emocional generada por la promesa de responder cabalmente a nuestra condición de seres pensantes, lo que explica la admirable disposición de la mayoría de los protagonistas de estos relatos, confrontados a situaciones límite en las que la esperanza sólo hubiera podido imponerse al precio de sacrificar el buen juicio.

En el epílogo del libro evocaré en el contexto preciso una frase de Max Horkheimer («En el acto de pensar está encerrada toda la esperanza») de la que se infiere que el despliegue mismo del pensamiento equivale a la realización de la promesa más legítima, que el pensar es en sí mismo riqueza esencial, que el pensar nos hace ser. Vieja tradición, en realidad.

«Soy una cosa que piensa» («*Je suis une chose qui pense*»), dice de sí mismo el narrador del *Discurso del método* en el momento álgido de su meditación, es decir, cuando aplicando su duda metódica ni siquiera puede afirmar con certeza apodíctica que el entorno inmediato (el fuego en la chimenea, el pliego sobre el que escribe, la propia mano que sostiene la pluma, etcétera) son otra cosa que resultado de una vivencia onírica («pues no he de olvidar que tengo costumbre de dormir»). Y remontándose a Jonia, «lo mismo pensar

y ser» («*tò gàr autò noeîn estín te kaî eînai...*»), arranque de la «Vía de la verdad» en el poema de Parménides. Cabe incluso extender la sentencia en el sentido de que hay también coincidencia entre «ser» y «ser pensado», pues ¿qué garantía hay de que algo es en ausencia de testigo?

Por esta inevitabilidad del pensar, la fidelidad al propio ser pasa por pensar radical y decididamente, mediatizando por tal acto toda expectativa y alejándose de aquellas modalidades de existencia que tienen como soporte precisamente la renuncia a nuestra esencia pensante. Y un apunte final, relativo al título mismo de estos ensayos.

#### EL HONOR DE LOS FILÓSOFOS

La expresión «honor de los filósofos» apunta a poner de relieve el lazo entre la valoración misma que se hace del pensamiento y un ideario mayor relativo al comportamiento humano. Sin duda, algunos filósofos han merecido honor en el sentido etimológico de *honestas*, reconocimiento consistente en la atribución de un cargo con responsabilidad social, aunque sea indirecta. Tal es el caso del nombramiento de Leibniz como consejero de la casa de Hannover, o de Tomás Moro como miembro del Consejo Real. Para ambos vale ciertamente la expresión *cursus honorum*; *cursus* sin embargo interrumpido, pues el primero fue abandonado por su protector y el segundo encerrado en la Torre de Londres y decapitado por orden de Enrique VIII.

Incluso en el sentido más usual del término *honor*, contemplado desde el ángulo de los valores compatibles con la jerarquía imperante, la caída en desgracia puede ser vista como un deshonor. Pues la desafección por parte del poderoso suele ir acompañada de acusaciones que cuando menos sirven de coartada: acusación de impostura (a Leibniz por reivindicar la paternidad del cálculo infinitesimal, que los